



SOMBRAS
DEL PROGRESO

LAS HUELLAS DE LA HISTORIA
AGRARIA

.....
RAMON GARRABOU



LIBROS DE HISTORIA

RAMON GARRABOU

SOMBRAS DEL PROGRESO

LAS HUELLAS DE LA
HISTORIA AGRARIA

Edición de Ricardo Robledo

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2010

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández

Ilustración de la cubierta: Katarina Henc / The Bridgeman Art Library

Realización: Átona, SL

© 2010 de sus respectivos capítulos: Ricardo Robledo Hernández, Isabel Alfonso Antón, Ángel García Sanz, Domingo Gallego Martínez, Iñaki Iriarte Goñi, José Miguel Lana Berasain, Josep Fontana Lázaro, Rosa Congost Colomer, Jordi Planas Maresma, Enric Saguer Hom, Enric Vicedo Rius, Salvador Calatayud Giner, Jesús Millán García-Varela, Lourenzo Fernández Priero, David Soto Fernández, Franco Cazzola, Jesús Sanz Fernández, Manuel González de Molina Navarro, Enrique Tello Aragay y José Manuel Naredo

© 2010 de la presente edición para España y América:

Editorial Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es



ISBN: 978-84-9892-090-1

Depósito legal: B-14.093-2010

Impreso en España

2010.– Impreso y encuadernado por EGEDSA (Barcelona)

Capítulo 9

EL CAMPESINADO ITALIANO Y LA TIERRA: REFLEXIONES SOBRE UNA CUESTIÓN SECULAR¹

FRANCO CAZZOLA
Universidad de Bolonia

EL CAMPO EUROPEO EN EL SIGLO XXI

Desde 1995 hasta 2005, la ampliación de la Comunidad Europea a nuevos países ha cambiado la geografía social del campo y de la agricultura del Viejo Continente, así como la estructura del mercado común agroalimentario e incluso la política agraria de la CEE. En 1995, la Europa de los Quince censó 7,37 millones de explotaciones agrícolas. En 2005 quedaban sólo 5,84 millones, con una pérdida de 1,5 millones de ellas. De este millón y medio, unas 366.000 unidades eran explotaciones con superficies de entre 5 y 20 ha. Especialmente significativas son las pérdidas en Alemania (55.000 menos, que equivalen al 9,7 por 100 de las explotaciones agrarias alemanas).

1. Traducción de Ana Romanacce.

En este período de tiempo, la agricultura comunitaria aumentó en más de dos veces el número de explotaciones (14,4 millones) gracias a los nuevos países miembros. Los países que contribuyeron de manera más sólida a este aumento son Bulgaria (534.600), Hungría (714.800) y sobre todo Polonia (2.476.500) y Rumanía (4.256.100), es decir, países que habían experimentado formas de agricultura colectivizada, estatal o cooperativa durante más de cuarenta años. En conjunto, el 53,1 por 100 de las explotaciones agrarias europeas se encuentra hoy en la Europa oriental, en países de economía ex socialista.

Si nos detenemos a observar la dimensión de las explotaciones, advertimos que nada menos que 10,38 millones de ellas tienen una superficie agraria inferior a 5 hectáreas. Otros 2,6 millones tienen dimensiones de entre 5 y 20 hectáreas.² Por lo tanto, haciendo un cómputo aproximado podremos estimar que hay unos 13 millones de explotaciones agrícolas que corresponden a familias de cultivadores directos. No siempre podremos definir a estos agricultores con el apelativo de «campesinos», una calificación que quizá es cada vez menos apreciada por los propios interesados. Igual que no todas estas explotaciones están en condiciones de proporcionar al propietario unos ingresos que garanticen la autosuficiencia económica y por tanto en muchos casos sólo ofrecen un complemento a la renta familiar. A pesar de la atención que merece este problema, no es éste el enfoque de estas notas.

Otro dato que merece una reflexión, en el plano social, es el peso que los países mediterráneos siguen teniendo en la Europa rural.

Volviendo a la Europa de los Quince y al año 2000, podemos decir que el 38 por 100 de las explotaciones agrarias de Europa eran italianas. Existe otro dato aún más interesante: de un total europeo de 6,79 millones de explotaciones agrarias, 4,67 millones se encontraban en cuatro países mediterráneos: Italia, Grecia, España

2. Fuente: Eurostat.

y Portugal. Por lo tanto, la Europa campesina se encontraba en la zona meridional del continente: siete de cada diez agricultores trabajaban la tierra en estos cuatro países, pero sus tierras ocupaban apenas el 36,8 por 100 de la superficie agraria utilizada (SAU), equivalente en la Europa de los Quince a 126,8 millones de ha. Cabe recordar también que, entre el mínimo del 50 por 100 de Italia y el máximo del 86 por 100 de Portugal, buena parte de la SAU de estos países se encuentra en zonas de montaña o desfavorecidas por aridez y otras causas.³

En 2005, Italia, España, Portugal, Grecia (con Chipre y Malta) todavía contaban con 4,02 millones de explotaciones agrícolas, equivalentes al 27,7 por 100 del total de la Europa de los Veintisiete, frente a los 1,73 millones de explotaciones (8,27 por 100) presentes en el grupo de países de la Europa centro-septentrional (Francia, Alemania, Bélgica, Países Bajos, Dinamarca, Austria, Irlanda y Reino Unido). Sería oportuno reflexionar sobre la modesta importancia que las explotaciones agrarias han tenido durante muchos años en la definición de la política agraria común (PAC), a pesar de ser tan numerosas, especialmente cuando la Europa comunitaria se limitaba a sólo doce países. Sin embargo, desde una perspectiva histórica la cuestión más interesante es otra: podría decirse que hoy la Europa campesina sobrevive sobre todo en el este y en el Mediterráneo.⁴ Los resultados de este estudio comunitario sobre la estructura de las explotaciones agrícolas de 1999-2000 confirmaron ampliamente el predominio de las explotaciones de pequeñas dimensiones (menos de 5 ha), sobre todo en Italia, Grecia y Portugal, donde 3 de cada 4 explotaciones eran de este tipo.⁵ Todavía hoy (2007), Italia posee por sí sola el mismo número de explotaciones (1,73 millones) que el conjunto de países centro-septentrionales

3. Charlier (2003).

4. Fuente: Eurostat.

5. Charlier (2003).

citados más arriba. Aún más evidente es la importancia de la mano de obra dedicada a la agricultura italiana, que en 2005 equivalía a un total de 1,27 millones de unidades de trabajo agrario (AWU) y en el que la mano de obra familiar proporcionaba nada menos que 1,02 millones de AWU, es decir, aproximadamente 2,6 millones de personas. Los asalariados fijos no familiares se habían quedado en un total de 150.100, mientras que los asalariados temporales y jornaleros, antaño una clase numerosa y combativa en el plano sindical,⁶ excluyendo el trabajo de temporada, sólo proporcionaban ya 140.900 unidades de trabajo (AWU).⁷ Estos datos, que se refieren a uno de los países más industrializados, como es Italia, indican tanto una especie de persistente anomalía estadística sobre el papel que aún desempeña la agricultura en este país, como una rápida evolución de la estructura social y de las relaciones de propiedad.

Otros países también experimentaron cambios profundos en la relación del hombre con la tierra. Entre 1990 y 2005, Portugal registra una fuerte reducción del número de explotaciones agrarias, pasando de 598.700 a 323.900 unidades (un 45,8 por 100 menos). La pérdida afecta en particular a las explotaciones con superficie agraria inferior a 5 ha, que se reducen a la mitad (250.100 unidades menos, equivalentes al 50,8 por 100 del total de este tipo de explotaciones). Un fenómeno análogo afectó también a España, tras algunas décadas de rápidas transformaciones económicas y sociales. J. M. Naredo⁸ ya había señalado un fenómeno de desaparición y concentración de las explotaciones agrarias en este país, en los años cincuenta del siglo xx, como consecuencia de la rápida disminución de la población activa agraria. España, como Italia y muchos otros países desarrollados, también presenciaba la reducción del

6. Sobre el papel del trabajo temporal y de los jornaleros en la agricultura italiana, véanse Crainz, (1994), Monti (1998), Monti (2006), Cazzola y Martini (1991).

7. Eurostat (2007: 19).

8. Naredo (1996: 207-215).

número de explotaciones agrarias en estrecho correlato con la considerable reducción de población activa agraria. Sin embargo, como consecuencia afín, la agricultura a tiempo parcial experimentaba un fuerte aumento y crecía el componente de renta no agrícola de las familias rurales. Entre 1990 y 2005, España perdió más de medio millón de explotaciones, pasando de 1,59 a 1,07 millones (el 32,7 por 100 menos). En este país se ha constatado recientemente una ruptura de correlación entre agricultura y economía rural. De hecho, esta última se articula hoy sobre bases agrícolas, agroindustriales, turísticas, residenciales y de servicios.⁹

Por lo tanto nos encontramos ante movimientos profundos de las estructuras productivas de la agricultura europea, mientras que la producción de alimentos sigue sometida a tensiones a escala mundial, y ante un aumento de la demanda y costes cada vez mayores de la energía fósil que se emplea en los campos. En este sentido, basta reflexionar sobre las grandes disparidades que existen hoy en la Europa agrícola en relación con el uso de fertilizantes y enmiendas (*ammendanti*) para el suelo agrario. En 2005, mientras que el gasto medio de la Europa de los Veintisiete era de 58,5 euros por hectárea de SAU, países como Bélgica y Holanda invirtieron respectivamente 155,7 y 125,9 euros/ha en fertilización. En cambio, Rumanía registró un gasto medio de apenas 32,8 euros/ha. Aún más elevados son los gastos de los agricultores en plaguicidas y protección de las plantas. Frente a los 274 euros/ha de Holanda, Rumanía invertía 17 euros/ha.¹⁰ En vista igualmente de estas grandes disparidades, tal vez convenga volver a definir sobre otras bases el propio papel que la agricultura del Viejo Continente deberá desempeñar en el futuro próximo.

Las páginas que siguen no tienen este objetivo tan ambicioso. Me propongo sólo aportar algunas reflexiones sobre el caso italia-

9. Véase, por ejemplo, Collantes Gutiérrez (2007).

10. Fuente: Eurostat (2007).

no, habida cuenta de la dimensión histórica que el problema de la tierra ha mantenido aquí hasta tiempos recientes.

La historiografía agraria italiana de los últimos veinte años no podía sino hacerse eco de las consecuencias de las transformaciones que hoy tienen lugar y de la pérdida de importancia de la economía rural en el contexto económico más general. De hecho se puede comprobar, ya desde los años ochenta del siglo xx, un fuerte descenso de interés de los historiadores italianos por el mundo del campo. Los estudios de historia agraria empezaban a reflejar aquel proceso que A. De Bernardi y P. P. D'Atorre habían llamado «el largo adiós» recopilando en una voluminosa publicación los estudios de historiadores y economistas dedicados a la agricultura italiana.¹¹

Conviene ahora recordar que, desde finales del siglo xviii, la modernización de la agricultura italiana ya había emprendido sendas desconocidas en otros países de Europa. Por un lado, especialmente en el valle del Po, la introducción de cultivos capitalistas como el arroz y la especialización láctea de la producción se apoyaban ya en el recurso masivo al trabajo asalariado, fijo y temporal, y daban lugar a fenómenos migratorios internos e internacionales, particularmente presentes en todas las zonas de montaña de los Alpes y de los Apeninos. Por otro lado, junto a la estabilidad de las relaciones agrarias consolidadas por el dominio del latifundio cerealícola-ganadero en amplísimas zonas del centro-sur y de las islas, se advertían algunas señales importantes de transformación desde la producción mercantil especializada de algunos cultivos arbóreos (vid, olivo, cítricos/agrios, frutos secos) que desde el sur habían tomado el camino de la exportación al extranjero. En medio de jornaleros, cultivadoras de arroz y pequeños propietarios cultivadores emigrantes del norte, y del mundo de los campesinos pobres, arrendatarios de alguna parcela

11. De Bernardi y D'Atorre (1994: XI-LVI).

de latifundio del Mezzogiorno, se encontraban aquellos que seguían constituyendo la capa social más estructurada y rica de aspiraciones y conocimientos de los campesinos italianos: los aparceros. Sin embargo, para gran parte de este variopinto mundo campesino italiano un aspecto fue durante largo tiempo dominante y decisivo, fuente de conflictos sociales y de movimientos reivindicativos sindicales organizados sin apenas parangón en Europa: la falta de una relación directa entre las familias rurales y la tierra, consolidada en formas específicas de propiedad. A comienzos del siglo xx, se estimaba que los propietarios italianos eran unos 7 millones y medio, frente a un número de explotaciones agrarias que no superaban los 3,7 millones. Estos datos indicaban una acentuada atomización de la propiedad y una distribución de la riqueza fuertemente concentrada.¹²

¿QUIÉNES SON HOY LOS CAMPESINOS ITALIANOS?

En el año 2000 se llevó a cabo el 5.º censo general de la agricultura en Italia. La imagen que este censo nos transmitía del mundo agrícola italiano es a grandes rasgos la siguiente: en Italia quedaban oficialmente activas unos 2,6 millones de explotaciones agrarias, que disponían de una superficie total de 19,6 millones de hectáreas. En cuarenta años, comparándolo con los datos del censo agrario de 1961, habían desaparecido 1,7 millones de explotaciones. Junto con éstas, se habían perdido 4,27 millones de hectáreas de superficie agraria utilizada.¹³ De hecho, estas explotaciones habían empleado una superficie agraria (SAU) equivalente a sólo 13,2 millones de ha.¹⁴ En los diez años transcurridos desde el censo anterior, habían desaparecido al menos 430.000 explotaciones, pero Italia

12. Barberis (1999: 233-239).

13. Cf. Fanfani (2004: 28).

14. Istat (2002).

seguía siendo el país de la Europa comunitaria no ampliada con mayor número de explotaciones agrarias: casi cuatro veces más que las de un gran país agrario como Francia, que sólo poseía 664.000; cinco veces más explotaciones que Alemania (472.000). Cabe recordar que estos dos países disponían respectivamente de 27,8 y 17 millones de hectáreas de SAU.

Parece que después de 2000 los procesos de selección de las explotaciones agrarias experimentaron una nueva aceleración. En 2005 las explotaciones italianas se habían reducido a 1,7 millones aproximadamente, con una pérdida de más de un tercio de ellas. Este descenso afecta especialmente a las que tienen una superficie de hasta 2 hectáreas, pero también a aquellas con más de 20 hectáreas.¹⁵ En cambio, está aumentando una categoría de explotaciones que podríamos definir como explotación agraria cultivada directamente por la familia (*diritto-coltivatrice a base familiare*), que también aumenta las dimensiones de la explotación en términos de SAU. La tendencia general en la Europa de los Quince es análoga. En la década de 1995 a 2005, se perdió más de un millón de explotaciones que tenían una superficie agraria inferior a 5 ha.¹⁶

En los últimos cuarenta años, la transformación industrial y terciaria de Italia ha conllevado fenómenos espectaculares de éxodo rural y migración de mano de obra del sur al norte, de las montañas a la llanura, del campo a la ciudad. Si observamos la articulación territorial de las variaciones en el número de explotaciones y en la superficie utilizada, descubrimos un dato interesante y en apariencia paradójico: entre 1990 y 2000 el descenso más acentuado de explotaciones agrícolas (menos 39 por 100) se concentró en el noroeste (Piamonte, Valle de Aosta, Liguria, Lombardía), es decir, en lo que ha sido el «triángulo industrial» italiano. También el noreste (Trentino-Alto Adigio [Adige], Véneto, Friul-Venecia Julia, Emilia-Romaña) perdió al menos un

15. Istat (2005: 1), (www.istat.it/dati/dataset/20070613_00).

16. Fuente: Eurostat (2008).

quinto de sus explotaciones agrarias en sólo diez años (menos 20,5 por 100). Estos son los años de la fortísima expansión del modelo de industrialización característico del noreste italiano. Se trata de fenómenos de crecimiento y proliferación de empresas dispersos territorialmente, pero a menudo articulados en centros de aglomeración en los que operan empresas parecidas e interrelacionadas mediante lazos familiares y de suministro. Los economistas definen esta zona de concentración como «distritos industriales».¹⁷ Una de las características negativas de este modelo de crecimiento difuso, que invirtió sobre todo en las pocas zonas de llanura de la península, fue un fuerte consumo de territorio agrícola fértil, a pesar de que en estas regiones se concentra una parte importantísima de la producción agrícola nacional. En efecto, tanto en el noroeste como en el noreste las pérdidas de SAU son moderadas (menos 7,3 por 100 y menos 6,2 por 100, respectivamente), mientras que la disminución de superficie agraria útil resulta más acentuada en el centro (menos 9,4 por 100) y sobre todo en el sur (menos 13,9 por 100) y en las islas, Sicilia y Cerdeña (22,1 por 100 menos).¹⁸ Ante semejante pérdida, el sur y las islas mantienen un descenso «moderado» del número de explotaciones agrícolas, respectivamente menos 6,8 por 100 y menos 8,4 por 100. Tras los decenios del gran éxodo de las regiones meridionales y de las zonas montañosas, se puede plantear la hipótesis de un cierto fortalecimiento de las explotaciones agrícolas mejor dotadas desde el punto de vista de la calidad del suelo y ya introducidas en el mercado, con el claro abandono de las tierras de las colinas y montañas que según la definición de Manlio Rossi-Doria constituyen el «hueso» de la agricultura en la península italiana.¹⁹

Estos datos que hemos esbozado aquí son testimonio de importantes transformaciones estructurales que han supuesto la desapa-

17. Becattini (1998).

18. Fanfani (2004: 29).

19. Cf. Bevilacqua (1993: 20). Véase en este volumen la amplísima bibliografía comentada sobre la evolución de la agricultura y de la sociedad del sur de Italia.

rición de millones de explotaciones agrícolas, una drástica disminución de la mano de obra hasta la necesidad actual de importar temporeros del extranjero, el abandono al bosque de hectáreas de tierra que antes se cultivaba y también el consumo intensivo de territorio fértil, que es destinado a la urbanización y a los asentamientos industriales y comerciales. Todo esto no ha impedido una intensificación industrial sin precedentes de la agricultura italiana, fruto de la intensa mecanización, del empleo de la irrigación, de la conversión de las llanuras saneadas a la hortofruticultura. La intensa especialización productiva se ha convertido en la norma, tanto en los cultivos herbáceos como en la ganadería y en los cultivos leñosos y hortícolas. La tradicional *coltura promiscua* que garantizaba en buena medida la autosubsistencia de la familia campesina también ha desaparecido ya en muchas zonas de colinas donde eran más claros los signos y modelos del *bel paesaggio italiano*. En realidad sabemos que en los años setenta del siglo XIX, el nivel de mercantilización de la producción agrícola italiana ya era muy elevado, incluso en las explotaciones de aparceros del centro-norte, como han demostrado diversas investigaciones.²⁰

Pese a estas rápidas transformaciones y a la disminución de la superficie agraria utilizada, la agricultura italiana se situaba en los primeros puestos en la Europa de los Quince, inmediatamente después de Francia, con el 17 por 100 del valor de la producción final de la UE. Con una producción equivalente a 46.000 millones de euros, la agricultura italiana en 2000 había superado a la alemana y dejaba muy atrás al resto de países de la Europa meridional.

Pero ahora llegamos al tema central de estas observaciones. Algunos otros datos que se deducen del censo del 2000 nos darán el

20. Por ejemplo las de Federico (1985) y Biagioli (1991).

marco de referencia sobre la relación de los agricultores italianos con la tierra que trabajan.

En Italia, más de la mitad de la superficie agraria utilizada se concentra en explotaciones de al menos 20 hectáreas, pero el dato más importante es que el 94,7 por 100 del total de ellas está a cargo directamente del cultivador, y que al menos 2,1 millones de las explotaciones agrarias italianas se explotan con mano de obra exclusivamente familiar.

La primera conclusión importante que podemos extraer de estas áridas cifras es la siguiente: en aproximadamente cuarenta años del siglo pasado, se formó una Italia campesina semejante al resto de Europa, es más, en apariencia mucho más «campesina» de lo que son hoy otras sociedades europeas. Junto a una cifra relativamente exigua de explotaciones agrarias de dimensiones medianas-grandes, existe una extraordinaria masa de microexplotaciones. Aproximadamente un quinto de la SAU está gestionada parcial o exclusivamente por cuenta de terceros, pero la gestión con trabajadores asalariados está disminuyendo sensiblemente. Casi se podría pensar en una derrota histórica del capitalismo agrario, que en el pasado se veía como el depredador inevitable y agresivo de la explotación campesina. Sin embargo, la relación directa entre el cultivador y la tierra se ha fortalecido hasta llegar a ser dominante, quizá también gracias a la intensa especialización productiva a la que han llegado las explotaciones agrarias italianas.

La histórica y anómala «cuestión agraria» italiana, unida al problema de los campesinos sin tierra, o sin la propiedad de la tierra, y a la presencia de un proletariado rural sindicalizado y capaz de organizarse y de luchar, parece haberse diluido ya de forma «natural», con el éxodo rural, el envejecimiento de los agricultores y la reducida natalidad de las familias campesinas, así como con la llegada de la agricultura química y mecanizada.

Otros cambios profundos tuvieron lugar en uno de los puntos clave de la cuestión, el de la propiedad de la tierra.

En el umbral del tercer milenio, el 86 por 100 de las explotaciones italianas cultiva terrenos exclusivamente en propiedad, si bien en el centro-noreste se está expandiendo claramente el arrendamiento. En otras palabras, la Italia rural se ha convertido en un país «normal», al menos en lo que respecta a la relación entre quien cultiva la tierra y el titular del derecho de propiedad. Una tendencia análoga al fortalecimiento de la propiedad campesina ya se apreciaba claramente en España entre mediados del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, tal como demostraban algunas investigaciones coordinadas por Ramon Garrabou.²¹

Ciertamente no sabemos con precisión cuántas de las 1.163.000 explotaciones agrarias con una superficie inferior a una hectárea de SAU son verdaderas empresas con producción especializada de hortalizas, vino, fruta, flores o simplemente huertos familiares, ganadería intensiva, empresas a tiempo parcial, agroturismo, casas de fin de semana disfrazadas de explotación agrícola, etc. Pero el dato, que es el punto de llegada actual, nos resulta útil para una visión de conjunto del camino recorrido por los campesinos italianos para acceder al control de la tierra y convertirse en «agricultores», aunque sea de un pedacito de tierra. La diferencia no es baladí. Tal vez no sean muchos, entre los titulares de los dos millones y medio de explotaciones, los que reivindican hoy subjetivamente la calificación social de «campesino». En mi opinión, son muchos más los que prefieren definirse como *cultivador directo, agricultor, empresario agrícola, propietario*. Asimismo, pocos de los asalariados fijos y temporales se definirían hoy como *braceros* o *jornaleros*, prefiriendo adaptar a su condición profesional la de *obrero agrícola*.

Es decir, estamos también ante transformaciones culturales y de mentalidad que marcan, en menos de medio siglo, el ocaso de la Italia campesina que según las fuentes del siglo XIX y de la primera mitad del XX se caracterizaba por cultivadores sin tierra, pastores y

21. Garrabou (coord.) (1992).

jornaleros, o campesinos pobres concentrados en las grandes ciudades rurales del Mezzogiorno latifundista. Ya casi ha desaparecido también la Italia rural de los campesinos con mil oficios, los emigrantes profesionales y los pastores trashumantes de las montañas; la Italia que veía a miles de muchachas reclutadas para la monda del arroz, hacinadas en los trenes y luego acucilladas en el fango de los arrozales; la Italia de muchas otras jóvenes reunidas durante semanas en hilanderías de seda fétidas y sofocantes; la Italia de los campesinos-albañiles y de los cavadores a jornal, especialistas estos en mover con la fuerza de sus brazos millones de metros cúbicos de tierra, excavando el fango de los canales y levantando a lo largo de los ríos cientos de kilómetros de diques cada vez más sólidos.

Finalmente, esto también supone el ocaso de aquella Italia agrícola de agricultores a medias, en una «tierra a medias»,²² la mitad de cuyo producto pertenecía a un patrón de ciudad. Me refiero a la zona del país que conservó durante siglos el singular pacto asociativo que es la aparcería y que sobre todo las colinas de Toscana, Umbria y Las Marcas, pero también las geométricas llanuras de Emilia-Romaña y Véneto, mantuvieron vivo hasta hace pocas décadas.

LA TIERRA A MEDIAS. LA CONQUISTA URBANA DE LA TIERRA ENTRE LOS SIGLOS XV Y XVI

Detengámonos, pues, por un momento, remontándonos en el tiempo, en esta figura singular del campesino sin tierra, creador y al mismo tiempo guardián del *bel paesaggio italiano*.²³ La investigación histórica más o menos reciente ha escrito e indagado mucho sobre él. En alguna ocasión también su contraparte, el propietario de la tierra, trató de asomarse desde el umbral a la morada asignada

22. Bolognesi (1995).

23. Pazzagli (1989).

por un administrador a una familia, más o menos numerosa, de cultivadores. Piénsese en la rigurosa descripción económica y antropológica de una familia de aparceros florentinos hecha por el marqués Ubaldino Peruzzi en 1857;²⁴ o en las páginas escritas por la condesa Maria Pasolini, unos 40 años después, sobre los aparceros de Romaña y que fueron publicadas en el *Giornale degli economisti*.²⁵

No podemos pasar por alto un dato común a las distintas aparcerías italianas: la figura social del aparcerero nace en casi toda Italia a partir de una especie de lento pero general acto de expropiación de la tierra campesina por parte de la ciudad y de los que en ella residen, ya sea noble, burgués o eclesiástico.

Entre los siglos xv y xvi, gran parte de los campos italianos experimentan profundos cambios en el régimen de propiedad. Los campesinos pierden sus parcelas de tierra, cedidas al usurero del pueblo o al burgués artesano y comerciante que realiza adquisiciones en la comarca. La opresión fiscal de las ciudades y de los señores feudales, la crisis demográfica, las devastaciones y los incendios debidos al paso de los ejércitos favorecen el traspaso de la tierra a manos de una nobleza nueva de origen mercantil, ansiosa por ascender en la jerarquía social. Gracias al dinero, estas clases urbanas pretenden adquirir, junto con un patrimonio inmobiliario, el título de nobleza que tradicionalmente se asocia a la gloria de las armas, al honor, a la antigüedad del linaje y a la pureza de sangre.

Por lo tanto, el «regreso a la tierra» de los capitales mercantiles en la Italia del centro-norte²⁶ pasa por la supresión de gran parte de la propiedad campesina independiente en las tierras de los suburbios y comarcas; pero ello también se traduce en la inversión de capital en casas de colonos y establos para los animales, en la plan-

24. Peruzzi (1855). El texto en italiano figura también en Clemente (coord.) (1987).

25. Pasolini (1890).

26. Sobre esta cuestión, remito a mi trabajo, Cazzola (1987).

tación de arboledas y en una reorganización de las parcelas en unidades empresariales más grandes y proporcionadas a la capacidad de trabajo de la familia de colonos.²⁷ De este modo se configura entre los siglos xv y xvi la forma peculiar de paisaje agrario italiano que se articula en la estructura de la hacienda agraria y de asentamiento que depende de un *podere*, un terreno cedido para trabajar por un «socio» cultivador y a su familia.

En este momento, las consecuencias de la reorganización ciudadana del espacio rural no las sufren sólo las propiedades parcelarias típicas del mundo campesino medieval: de hecho, un sistemático proceso de expoliación perjudica a muchas tierras de la Iglesia, a terrenos comunales y a tierras de uso colectivo. El fenómeno de la expropiación campesina, mediante cercados de *commons* (campos comunales) y las usurpaciones de bienes de la corona, que Marx colocó como base de la acumulación primitiva de capital en Inglaterra, es bien visible, precoz e igualmente drástico en los campos italianos del siglo xvi.

En la Italia centro-septentrional, la creación de un «socio» campesino, no completamente proletarizado, y que no ocupa el último puesto en la jerarquía social de la comunidad rural, hace que en cierto sentido el sistema agrario sea más estable y menos sensible a los golpes de la coyuntura. El vínculo de permanencia, relativamente largo, de una familia de cultivadores respecto del propietario en esa unidad de producción elemental en la que se ha convertido el terreno de aparcería, permite difuminar, mediante las relaciones aparentemente neutras de débito/crédito y el «auxilio» condescendiente de los dueños, la sustancial subordinación de la familia del trabajador al titular de la propiedad de la tierra.²⁸

27. Bellicini (1989).

28. Las investigaciones sobre el sistema de la aparcería en la Italia centro-septentrional son muy numerosas. Además de los muchos ensayos recogidos en los números 8/1986 y 9/1987 de los *Annali dell'Istituto «Alcide Cervi»*, indicamos aquí algunas recopilaciones y síntesis de los más recientes: Landi (2002); Finzi

Pero esto no es todo. El objetivo de la autosuficiencia energética y alimentaria asignado al terreno en aparcería también reduce de alguna forma la importancia de los bienes comunales y de las tierras de uso común, es decir, de aquellos recursos esenciales en gran parte de las comunidades campesinas europeas. La necesidad de forraje para los animales de labor, y de leña para uso doméstico, encuentra una cierta compensación, por ejemplo, en las arboledas de las colinas y en las hileras de árboles y vides de la llanura parcelada del Po.

En cambio en las montañas de los Alpes y los Apeninos, donde las duras condiciones climáticas y del suelo no permiten la presencia de la «tierra a medias», la resistencia en el tiempo de la propiedad campesina y de los bienes comunales constituye la norma. Pero no faltan las amenazas e insidias por parte de los señores feudales y eclesiásticos, de aquellos *Gerichtsherren*, jueces ávidos de impuestos y de bienes que ponen en tela de juicio el frágil equilibrio que regula la vida agrícola de las comunidades campesinas de los Alpes: los pastos de las zonas altas, los campos de los fondos de los valles, el bosque comunal y sus recursos.

La comunidad campesina del sur feudal encuentra las mismas insidias; allí la cuestión de los terrenos comunales usurpados envenenará durante largo tiempo las relaciones sociales. En efecto, a lo largo de la Edad Moderna los barones napolitanos intentaron repetidamente crear *difese* (cercamientos), es decir, tierras cercadas de dominio exclusivo, allí donde los campesinos habían ejercido sin embargo desde tiempo inmemorial el uso común.²⁹ Cualquier alteración sustancial en la distribución de estos recursos podrá desencadenar las *fureurs paysannes*, en palabras de Roland Mousnier.

(1998); Pazzagli (1992); Moroni (2003); Nenci (1989); véanse, por último, los ensayos de Anselmi (2001).

29. Sobre usurpaciones feudales y cercamientos (*difese*) de tierras comunales y feudales de uso colectivo, véase Corona (1995: 52-58).

Al igual que había sucedido en el siglo XIV, en la primera parte del XVI también se producen guerras campesinas, aún mayores y cruentas. La «revolución del hombre común» que se expresa en las sublevaciones friulanas de 1511,³⁰ suizas y húngaras de 1514, eslovenas de 1515 y por último en las alemanas, tirolesas y tredientinas de 1525, así como las propias utopías socio-religiosas de Thomas Münzer y de Michael Gaismayr,³¹ no tienen sentido sin la comprensión de las transformaciones que se llevaron a cabo en las relaciones entre los señores y las comunidades campesinas relativas a las cargas fiscales, al restablecimiento de los derechos feudales sobre las personas, las limitaciones impuestas a las aldeas en el uso de los recursos comunales. En definitiva se rebelaban contra las «innovaciones» de los señores y en pro del restablecimiento de los derechos conculcados que se apoyaban en un derecho consuetudinario que los campesinos consideraban al mismo tiempo natural y «divino».

La cuestión sigue siendo muy compleja y merece nuevas aportaciones desde el punto de vista histórico. La conflictividad rural, las revueltas y las «iras» campesinas se repetirán puntualmente cada vez que peligre el equilibrio entre la comunidad campesina y sus recursos fundamentales.

Se ha observado que en las sociedades caracterizadas por el predominio de una economía de base orgánica, es decir, que dependen en grandísima medida de la energía solar, también el sistema de poderes locales se organiza sobre la base de unas cuantas competencias clave, es decir, sobre el funcionamiento, la duración y el grado de apropiación de los factores de la producción agraria por parte de cada componente de la comunidad. La llegada de la sociedad burguesa y del régimen individualista de propiedad de la tierra vuelve a poner inexorablemente en entredicho la red de poderes locales, imponiendo la posesión de la tierra como condición para ac-

30. Gobet (1984).

31. Blickle (1983); Stella (1975).

ceder al poder político y abriendo camino a otros fenómenos de expolio y usurpación de bienes colectivos y comunitarios.

EL BANQUETE BURGUÉS: TIERRAS COMUNALES, USOS COMUNES
Y TIERRAS ECLESIAÍSTICAS

A partir de los siglos xv-xvi, el ataque a las tierras comunes, a los terrenos comunales y a las tierras de la Iglesia por parte de la clase burguesa y de los propios nobles, ha pasado distintos momentos de aceleración. Pensemos en los conflictos de los años franceses con las disposiciones que ponen final al feudalismo y con la puesta en venta de un notable patrimonio inmobiliario de la Iglesia. En los años inmediatamente posteriores a la unidad de Italia también se producen nuevas oleadas de confiscación y privatización de bienes eclesiásticos. A éstas se podría añadir la privatización de bienes comunales y forestales. Un típico ejemplo es la *censuazione*, es decir, la concesión en alquiler por parte del Estado del amplio Tavoliere della Puglia (la meseta de Apulia), cuyas tierras estaban vinculadas desde hacía siglos al pasto para el ganado trashumante de Los Abruzos y Molise.

No obstante, los que se sentaron a la mesa de lo que Corrado Barberis llamó «la comilona inmobiliaria»³² fueron un número limitado de burgueses y muchos nobles y no, obviamente, campesinos ni aparceros italianos.

Habrà que esperar al siglo xx para la revancha campesina, es decir, para que jornaleros, arrendatarios y campesinos pobres consigan acceder a la propiedad de la tierra. Son dos los momentos decisivos en los que tiene lugar, cinco siglos después, la recuperación de la tierra por parte de quien la cultiva.³³ La primera ofensiva hay

32. Barberis (1999: 57-60).

33. Para un balance de síntesis del problema de la propiedad de la tierra, véase Coppola (2002).

que identificarla en el «bienio rojo» 1919-1920, tras la primera guerra mundial, durante el cual se formaron núcleos sistemáticos de propiedad campesina gracias al coste de los víveres, a la oleada de ocupaciones de tierra y al miedo al bolchevismo por parte de varios propietarios absentistas, según se verificó en la subsiguiente «Inchiesta Lorenzoni».

El segundo momento decisivo comienza en 1944 con los decretos Gullo-Segni, el laudo De Gasperi de 1946 sobre la aparcería³⁴ y continúa en 1948 con la acción de la *Cassa per la formazione della piccola proprietà contadina*, con las reformas agrarias siciliana y sarda y con la ley parcial de reforma agraria, encallada en 1950 tras agrios debates.³⁵ Se trataba de medidas que tomaba la nueva Italia democrática para atajar la explosión de los conflictos sociales en el campo, las ocupaciones de tierras no cultivadas en los latifundios, y el desempleo masivo en el campo padano. Unas 850.000 hectáreas cambiaron de manos en las circunscripciones en las que se aplicó la reforma como consecuencia de las leyes aprobadas después de la segunda guerra mundial. Pero hay que recordar que fueron aún más notables —unos 2 millones de hectáreas entre 1948 y 1968— los trasposos de la propiedad de la tierra que se realizaron con las ayudas de la *Cassa per la formazione della piccola proprietà contadina*.³⁶

Al final ha prevalecido, pues, una nueva relación del hombre con la tierra, pero ya se vislumbran nuevos problemas en el horizonte. El cultivador-propietario se encuentra hoy ante la tarea más difícil: mantener un uso equilibrado y ecológicamente compatible del recurso tierra. De aquí se desprenden unas últimas y breves reflexiones.

34. Renda (1981); todo el volumen está dedicado a las leyes agrarias y a los movimientos campesinos de la posguerra de la segunda guerra mundial.

35. Un balance de la reforma agraria en Italia puede verse en Insoar (1979).

36. Barberis (1999: 482).

LA TIERRA, RECURSO NO RENOVABLE

Desde una perspectiva multiseccular, las vicisitudes de la propiedad tierra en Italia son especiales. Si, como en una película cinematográfica, pudiéramos hacer discurrir, rápidamente en el tiempo, ante nuestros ojos las imágenes de este bien inmueble que es la tierra —protagonista principal— y las de quienes la poseían, veríamos la incesante sucesión de paisajes vegetales, antrópicos y sociales. Veremos las mismas tierras trabajadas durante siglos y siglos primero por esclavos, colonos, luego por siervos-colonos, campesinos minifundistas, aparceros («socios» de un propietario urbano de la tierra) y, hoy en día, por cultivadores directos en parte descendientes de aparceros y administradores, en parte de habitantes urbanos, desde hace más o menos tiempo, que vuelven a invertir sus ahorros en la tierra, tal vez dedicándose a combinar la producción de los campos con la actividad del hospedaje. Tierras tantas veces compradas y vendidas, donadas o usurpadas, patrimonios acumulados y tantas veces dispersos y fraccionados, a veces expropiados. Sobre todo tierras construidas con siglos de trabajo campesino y pasadas en herencia a las siguientes generaciones, a veces despilfarradoras.

La relación de los hombres y de sus comunidades, generación tras generación, con esta fábrica de alimentos y de riqueza que es la tierra, permite ver a quien sepa interpretarlo tanto las divisiones de la historia biológica de las hierbas, de los árboles, de los animales, en la repetición incesante de las estaciones en la rueda del tiempo, como el cambio lento o rápido de todo el paisaje, cruce físico y estético de la historia humana en cuanto historia social y sobre todo en cuanto historia del trabajo, por retomar un concepto tan querido por mi maestro, Luigi Dal Pane.³⁷

La historia de la propiedad de la tierra nos da cuenta, en fin, de las transformaciones, a veces muy rápidas, como en los tiempos

37. Dal Pane (1968).

que estamos viviendo, de las razones del intercambio entre el hombre y la naturaleza. En los últimos decenios hemos consumido cantidades enormes de tierra para destinarla a otras actividades humanas. La tierra dedicada a casas, fábricas, carreteras y almacenes ha seguido produciendo riqueza, de forma distinta que en el pasado, para quien era su dueño. Pero no podemos ocultarnos que de esta forma la tierra se ha visto privada de una de sus cualidades más preciosas y ya irrecuperables, la de ser *fábrica de la fertilidad*, laboratorio incansable en el que tiene lugar la reproducción biológica, la combinación de la materia inorgánica con la orgánica, la captura de la energía solar primaria y su transformación en energía utilizable, en forma de alimento para los animales y para el hombre.

La nueva y más conspicua riqueza que crea la tierra transformada en *no-tierra*, en ciudad, en fábrica, en morada de los hombres, se lleva a cabo mediante la destrucción de este laboratorio admirable e irreproducible. Y todo sea dicho sin ninguna nostalgia del «mundo que hemos perdido», que fue un mundo indeciblemente duro, de hambre, fatiga y sudor para los hombres y las mujeres que nos precedieron. Sin embargo ese mundo nos ha legado una riqueza que estamos despilfarrando a la ligera.